

Elementos para un crítica de la noción de segregación residencial socio- económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata

Ramiro Segura

Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES) y Licenciado en Antropología (UNLP). Investigador del CONICET con sede en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES, UNSAM).

segura.ramiro@gmail.com

Fecha de recepción: 19 de febrero de 2012

Aceptación final del artículo: 13 de Agosto de 2012

El artículo analiza la relación entre clase social y espacio urbano a partir de una etnografía realizada en la periferia urbana de la ciudad de La Plata (Argentina). Se detiene en una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica como concepto para pensar la desigualdad en las ciudades latinoamericanas y enfatiza que, además de la distribución de las residencias en el espacio urbano, se deben analizar los desplazamientos y las interacciones sociales de los residentes de la periferia en la ciudad. Concluye que en la experiencia urbana de habitar la periferia (en la posición y distancia espacial, en los desplazamientos por la ciudad y en las interacciones con otros actores sociales) se incorporan claves de lectura de la posición propia y de los demás en el espacio urbano y social.

Palabras clave: segregación – desplazamientos – interacciones – experiencia urbana

The article analyzes the relationship between social class and urban space, from ethnography conducted in the outskirts of the city of La Plata (Argentina). The article focuses on a critique of the notion of socio-economic residential segregation as a concept to think about inequality in Latin American cities and emphasizes that in addition to the distribution of the residences in the urban space, we must analyze the mobility and interactions of residents of the periphery in their everyday experience of the city. Concludes that the urban experience of inhabiting the periphery (the spatial position, the mobility in the city and the interactions with other social actors) is a key reading of the position itself and the others in the urban and social space.

Keywords: segregation - mobility- interactions - urban experience

Introducción. Más allá de la segregación residencial socio-económica

En el presente artículo reflexiono sobre la relación entre clase social y espacio urbano, a partir del análisis de la experiencia urbana de los sectores populares que residen en la periferia urbana de la ciudad de La Plata, donde realicé trabajo de

campo etnográfico entre los años 2007 y 2009. El análisis de la experiencia urbana de sus residentes –los sentidos asociados con habitar la periferia, las distancias y los desplazamientos por el espacio urbano, las interacciones con otros actores sociales en la ciudad y sus efectos en la forma en que se perciben a sí mismos y a los demás- me permitió identificar los límites de la noción de “segregación residencial socio-económica” así como ensayar otro modo de pensar las relaciones entre clase social y espacio urbano.

Sabemos que el espacio de nuestras ciudades no es homogéneo, indiferenciado y continuo: ni las residencias ni la infraestructura urbana se encuentran distribuidos de manera uniforme, como tampoco son constantes ni equivalentes los valores, los significados y los sentimientos con que se asocia a las distintas zonas de una ciudad y a sus habitantes. La pregunta por la proximidad o la distancia entre grupos sociales en el espacio urbano, por la homogeneidad o la heterogeneidad de las distintas zonas residenciales y por el grado de concentración de un grupo en un determinado territorio son distintas -y complementarias- maneras de indagar en los procesos de segregación socio-espacial.

Las investigaciones disponibles abonan la idea de cierta variabilidad histórica, social y cultural de la segregación y nos colocan ante la existencia de *diferentes formas de articulación entre territorio, diferencia y desigualdad* (Carman, Vieira y Segura, 2012). Se ha mostrado que en distintas sociedades son segregados grupos y sectores sociales definidos en base a distintos atributos (clase, etnia, raza, nacionalidad, actividad e, incluso, tiempo de residencia) y que las relaciones que establecen los grupos y los sectores segregados con el resto de la ciudad y de sus habitantes también son diferentes y cambiantes según el tipo de segregación experimentada. En esta dirección, a través de la comparación entre el gueto de Chicago y la periferia de París, Loïc Wacquant mostró que, más allá de similitudes morfológicas e incluso de vivencias semejantes entre los habitantes de ambos espacios residenciales, como el sentimiento de estar “separado” y “aislado” del resto de la sociedad, se trata de *formas socio-espaciales específicas*, que remiten a lógicas de interacción diferentes. En sus palabras, mientras el gueto es “un universo racial y culturalmente homogéneo caracterizado por una baja densidad organizacional y una débil penetración del Estado social”, la periferia parisina “es fundamentalmente heterogénea en el plano de su composición étnico-nacional y su estructura de clase, con una fuerte presencia de las instituciones públicas” (Wacquant, 2007: 200). Similitudes infraestructurales y sentimientos equivalentes no pueden hacernos perder de vista que se segregan grupos y sectores en base a criterios distintos y que la experiencia que de la ciudad tienen los residentes del gueto y de la periferia es también diferente.

En el caso de los estudios urbanos latinoamericanos habitualmente se contraponen a la segregación predominante en la sociedad norteamericana basada en criterios raciales (Massey, 1990; Wacquant, 2007; Bourgois, 2010) la imagen de ciudades latinoamericanas donde predomina la segregación en base a criterios socio-económicos (Katzman, 2001; Rodríguez Vignoli, 2001; Sabatini, Cáceres y Cerdá, 2001; Rodríguez y Arriaga, 2004; Portes, Roberts y Grimson, 2005; Sabatini y Brain, 2008; Saraví, 2008). De esta manera, mientras en las ciudades norteamericanas el “gueto racial” constituye la forma socio-espacial específica de segregación residencial, en las ciudades latinoamericanas no es la raza o la etnia lo

que se espacializa, sino una condición económica y social compartida por personas de distintas procedencias.

Además de este contrapunto con las ciudades norteamericanas, la literatura especializada ha remarcado las transformaciones históricas de la segregación en las ciudades latinoamericanas, fundamentalmente en las últimas décadas. En su magistral trabajo sobre San Pablo, Teresa Caldeira (2007) identificó “tres patrones de segregación espacial”: la ciudad concentrada y heterogénea de inicios de la industrialización (1890-1940), caracterizada por la ausencia de separación espacial de funciones urbanas y por la proximidad entre sectores sociales; la ciudad dispersa (1940-1970), donde los sectores sociales vivían separados por grandes distancias en una típica disposición de centro rico y periferia pobre; y por último, una serie de procesos desarrollados durante las décadas de 1980 y 1990 que se superimpusieron a la configuración tipo centro y periferia, como el abandono del centro por parte de algunas fracciones de los sectores altos y medios, que se tradujo en una mayor proximidad entre clases, pero separadas por barreras físicas y sistemas de control. Si bien con variaciones y matices, algunas de estas transformaciones han sido señaladas en diversas ciudades latinoamericanas. En el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires, por ejemplo, el proceso de autosegregación de las clases medias y altas hacia el tercer cordón del conurbano (Torres, 2001; Thuillier, 2005; Svampa, 2001) supuso para algunos analistas el reemplazo del tradicional patrón de segregación residencial a gran escala (centro y periferia) por una fragmentación urbana que permite que coexistan a escalas reducidas segmentos sociales heterogéneos y desiguales (Prévot-Schapira, 2001).

Existe, pues, una vasta y rica bibliografía sobre la segregación en la región, así como variados sentidos y usos con distinto alcance del término (Schteingart, 2001). Sin embargo, más allá de las variaciones, en América Latina la desigualdad urbana “suele considerarse sinónimo de segregación urbana y, de forma más específica, de segregación residencial” (Jirón, 2010: 103). Y es específicamente respecto a este último punto que, a la luz de los resultados obtenidos en el trabajo de campo, presentaré en este artículo mi señalamiento crítico. Pues mientras la noción de “segregación residencial socio-económica” permite caracterizar la lógica predominante en el acceso y la distribución de las residencias en las ciudades latinoamericanas, el peso casi exclusivo de la mirada sobre lo residencial y lo económico tiende a reforzar –implícita o explícitamente– un conjunto de supuestos sobre la experiencia urbana los sectores populares, como la homogeneidad y el aislamiento social y espacial, no problematizando otras dimensiones e instancias fundamentales de la desigualdad urbana. En este sentido, sin cuestionar el valor heurístico del ejercicio comparativo entre las ciudades norteamericanas y latinoamericanas, es necesario señalar brevemente dos cuestiones.

En primer lugar, la segregación no se reduce a un fenómeno económico, pues no se puede desconocer la habitual *racialización* tanto de los espacios residenciales de los sectores populares (Auyero, 2001) como de las relaciones de clase (Margulis, 1998) en la sociedad Argentina. Esto no torna equivalente a los barrios populares con los guetos raciales, pero nos recuerda que antes que unidimensional, la segregación es un proceso social en el que se intersectan distintas dimensiones de la vida social. Miremos brevemente la experiencia urbana cotidiana de los migrantes de países limítrofes (Caggiano y Segura, 2013). A las representaciones sociales negativas que comúnmente asocian con la ilegalidad, la anomia o formas

variadas de la “contaminación” (Carman, 2011) a los trabajadores pobres y a sus lugares de residencia, se le suma en diversas situaciones de interacción cotidiana un estigma específicamente racial o étnico, que acompaña a los migrantes tanto en los espacios residenciales socialmente heterogéneos donde habitan y donde la nacionalidad, la etnia y la raza importan, como mucho más allá del lugar de residencia: en el espacio público, en el transporte público, en las instituciones educativas y sanitarias, en el ámbito laboral, entre otros (Grimson, 1999). Lo económico y la clase se intersectan, así, con la raza, la etnia y la nacionalidad.

En segundo lugar, también parece cuestionable detenerse de manera exclusiva en la distribución de las residencias en el espacio urbano. ¿La segregación se reduce únicamente a un fenómeno residencial, siendo irrelevante en otras instancias de la vida social? ¿O, por el contrario, persiste, se refuerza y/o se cuestiona en otros ámbitos sociales como el trabajo, la salud, la educación y el ocio, entre otras esferas de actividad? En definitiva, ¿cómo se articulan los distintos dominios de actividad en la experiencia de los grupos y los sectores segregados? La comprensión de la desigualdad urbana requiere “ampliar el análisis tradicional de la segregación urbana tomando en cuenta las prácticas cotidianas y sus distintas esferas y espacios de intercambio e interacción, que van más allá de las áreas residenciales fijas” (Jirón, 2010: 104). En esta dirección, Rodríguez (2001) distingue dos tipos de segregación: uno geográfico, que significa desigualdad en la distribución de los grupos sociales en el espacio físico, y otro sociológico, que refiere a la ausencia de interacción entre grupos sociales, señalando además que “la presencia de un tipo de segregación no asegura la existencia del otro” (Rodríguez, 2001: 11). Si, como sugiere Cortés (2008), en lugar de pensar en tipos de segregación, lo geográfico y lo sociológico se constituyen en dimensiones (interrelacionadas de manera compleja y cambiante) de nuestro concepto de segregación, se abre un conjunto de cuestiones a resolver empíricamente. Me detendré, pues, no sólo en la posición y localización geográfica de los habitantes de la periferia sino también en sus lógicas de circulación por la ciudad. Desde esta perspectiva, la ciudad no es un mosaico de mundos homogéneos (raciales, étnicos o de clase) sino que la producción de diferencias y desigualdades en el espacio urbano resulta de una dinámica de intercambios, encuentros y trayectos más o menos conflictivos.

Tradicionalmente los estudios urbanos han enfatizado la posición y el estatismo, ignorando o trivializando la importancia de los movimientos cotidianos de las personas vinculados con el trabajo, la vida familiar, el ocio, la cultura, la religión y/o la política (Sheller y Urry, 2006). La pregunta por los desplazamientos no busca, sin embargo, contraponer teorías “sedentaristas” de la vida social con metáforas “nomádicas” o “líquidas”, sino analizar cómo se articulan y combinan las posiciones, las distancias y los desplazamientos en la vida urbana (Segura, 2010 a), reconociendo que la movilidad es una práctica urbana clave para leer la desigualdad social y urbana (Rodríguez Vignoli, 2008; Jirón, 2009, 2010; Soldano, 2008, 2012). Entre la “inmovilidad forzada” y las diversas formas de “movilidad obligada” (Urry, 2002) se despliegan en la ciudad diversas formas de movilidad cotidiana. Por esto, el análisis no acaba con la descripción de las posiciones en la ciudad, sino que me detendré también en una reconstrucción de los desplazamientos y recorridos, identificando y describiendo las fronteras y los obstáculos que encuentran en ellos, y caracterizando las formas en que se articulan posiciones y movilidades en la experiencia urbana de los residentes de la periferia.

Clase social y espacio urbano se vinculan de modo complejo. Por un lado, es indudable que las desigualdades entre clases sociales se objetivan en el acceso desigual a la ciudad entendida de modo amplio: lugar de residencia, vivienda, infraestructura y servicios urbanos, acceso al espacio público, entre otras facetas de la vida urbana. Por el otro, y de manera menos evidente, la forma en que los distintos sectores sociales experimentan cotidianamente la ciudad -la carga simbólica del lugar donde residen, el acceso desigual al espacio urbano, los tiempos y los medios para desplazarse, la forma de tramitar los encuentros y las interacciones en el espacio público- es un proceso que les posibilita aprehender la posición que ellos y los distintos grupos sociales ocupan en el espacio social y urbano.

La ciudad de La Plata y su periferia

La ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, fue diseñada a fines del siglo XIX como una obra cerrada. Debía ponérsele un límite a la cuadrícula, recortar la ciudad de la no ciudad, separar la cultura de la naturaleza, la civilización de la barbarie. Esta función se le asignó en el plano fundacional a la *Avenida de Circunvalación*. En el diseño se pensó en una verdadera “muralla horizontal perforada” (Garnier, 1992), una estructura vehicular de doble mano, de cien metros de ancho y veinte kilómetros de longitud que delimita el damero urbano, permite circular en torno al mismo y tiene puntos de comunicación con el exterior (Barros, 2005).

La historia urbana de la ciudad de La Plata se condensa en la imagen de una constante tensión entre el plano ideal, estático y sincrónico (la ciudad dada de una vez y para siempre) y el proceso real, dinámico y diacrónico de conformación de la ciudad (Segura, 2009 a). A la vez que la ciudad real -en comparación con la ciudad ideal- se deformaba por la suburbanización periférica y la progresiva conurbación con Buenos Aires, se reforzaron los límites del trazado fundacional, recortando como “la ciudad” al espacio que correspondía a dicho trazado. Esto se logró por medio de una serie de intervenciones como la descentralización administrativa que distingue el “casco urbano” (el trazado fundacional) de los “centros comunales” periféricos, intervenciones urbanísticas como la consolidación de la Avenida de Circunvalación que separa el casco urbano de la periferia, y una profusa publicidad oficial que construye una imagen de la ciudad que la asocia de manera exclusiva con el pasado fundacional.

Por esto, actualmente es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional -menos de 200000 habitantes en el trazado fundacional, más de 400000 en la periferia- sino también urbanístico, administrativo y socio-económico. El partido se encuentra dividido en el casco urbano (relativamente homogéneo en términos socioeconómicos) y otros 18 centros comunales, muy heterogéneos entre sí y en su composición interna. Así, nos encontramos con un patrón de segregación espacial clásico del tipo centro-periferia. Esta última presenta, en general, peores condiciones socio-económicas y una menor infraestructura urbana y de servicios que el casco urbano. La excepción la constituyen aquellos sectores con mejores condiciones socio-económicas que residen en la periferia urbana concentrados a lo largo del eje que une la ciudad con

Buenos Aires. De todas maneras, y debido a que tal eje es heterogéneo en términos socio-económicos, el casco urbano presenta mejores condiciones socioeconómicas, estando en todos los indicadores por encima del promedio del partido¹.

Realicé el trabajo de campo etnográfico en un sector de la periferia conocido actualmente con Centro Comunal Altos de San Lorenzo, emplazado al sudeste del casco fundacional de La Plata y cuya población se estima en 40000 habitantes. Se trata del sector de la periferia urbana consolidado de manera más tardía y se localiza en el extremo opuesto al sector con mayor desarrollo de la ciudad, representado por el eje Buenos Aires-La Plata, donde hay enclaves de clases medias y medias altas. Su posición singular con respecto a la ciudad hace que se encuentre a un “costado” y “marginado” de las mayores inversiones urbanas y de las principales vías de comunicación.² Comenzó a poblarse lentamente a partir de los años 1940 y 1950, producto de los primeros loteos, adquiridos fundamentalmente por empleados del ferrocarril (hasta la década de 1970 adyacente a la localidad funcionó la Estación Central del Ferrocarril Provincial), trabajadores de los frigoríficos de Berisso y diversos cuentapropistas. Con la crisis del ferrocarril y los frigoríficos la zona se estancó y recién a partir de los años 90 su población y su entramado urbano se expandieron, fundamentalmente por la creación de asentamientos y barrios precarios.

Contra lo que habitualmente se supone, no se trata de un espacio homogéneo; es un espacio heterogéneo, en el que las condiciones económicas, habitacionales y urbanas desmejoran a medida que uno se aleja de la avenida 72 (denominación que adquiere en ese tramo la avenida de Circunvalación) hacia el espacio rural. La indagación en la historia de ocupación de la zona permitió identificar temporalidades (y condiciones materiales) diferenciales en el proceso de llegada y establecimiento en la periferia que se traduce en una *fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida*, generando clivajes hacia el interior del espacio barrial. De esta manera, en su configuración socio-espacial actual es posible identificar tres sectores bien diferenciados. El sector 1, en el que se verifica la mayor ocupación de las parcelas, conformadas por un tejido compacto y homogéneo, que comprende una franja que va desde la avenida 72 hasta la calle 80 aproximadamente. Se trata de los primeros espacios ocupados de la zona, donde se localizan habitantes de clase media-baja y se concentran los comercios y las

¹ A los efectos de señalar algunos contrastes, mientras el porcentaje de la población del partido que presenta Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) es de 12,8 %, en el casco urbano dicho porcentaje desciende a 2,1 %. Lo mismo sucede con la totalidad de los indicadores: viviendas deficitarias (12,6 % y 1,4 %, respectivamente), presencia de servicio de desagüe (71,4 % a 99 %), cobertura de seguridad social (62,7% a 79,8%)

² Los índices socioeconómicos para el conjunto del centro comunal muestran un panorama no sólo peor que el del casco sino también por debajo del promedio del partido. Si tomamos como indicador las NBI, las mismas están presentes en el 22,5 % de la población de Altos de San Lorenzo en comparación con el 12,8 % en el partido y el 2,1 % de la población del casco. En materia de equipamiento educativo la localidad dispone de jardines de infantes y escuelas primarias, lo cual implica que para satisfacer instancias educativas superiores, la población deba trasladarse hacia el casco fundacional. Del mismo modo sucede con el equipamiento sanitario, ya que la localidad sólo dispone de dos centros de atención primaria, los Centros de Salud N° 8 y 21.

principales instituciones públicas (escuela, centros de salud y delegación municipal) y barriales (clubes y sociedades de fomento). Por su parte el sector 2 presenta un tejido residencial más abierto, con grandes vacíos urbanos que interrumpen la trama y asentamientos precarios. Este sector, que comenzó a poblarse a mediados de la década del noventa, comprende el espacio delimitado entre la calle 80 y la avenida 90 y se encuentra aún en expansión, con la creación continua de nuevos asentamientos. Por último, el tercer sector puede caracterizarse como rural, ámbito sobre el cual presionan nuevas ocupaciones y usos de la tierra.

Habitar la periferia: sentidos compartidos, experiencias comunes

Llegué al *barrio* en abril de 2007. En varias ocasiones había escuchado hablar del Puente de Fierro, pero desconocía a ciencia cierta su ubicación. “Por Altos de San Lorenzo”, “allá lejos, por la 90” o “en el fondo” eran las habituales e imprecisas referencias de las que disponía. Este dato, que parece ser sólo anecdótico, encierra una clave de lectura significativa para comprender la periferia: no forma parte de los recorridos habituales de los residentes del centro y de otras zonas de la ciudad, encontrándose además invisibilizada en las representaciones dominantes acerca de la ciudad y siendo referenciada de manera casi exclusiva en la prensa gráfica local por cuestiones relacionadas a delitos, carencias infraestructurales y asentamientos precarios. Se trata de *un territorio desconocido* –pero no por eso no imaginado– para la mayoría de las personas que habitan la ciudad.

La sensación compartida por la totalidad de los habitantes de Altos de San Lorenzo, independientemente del sector donde residen³, es que *viven afuera de la ciudad*. En los relatos obtenidos en múltiples situaciones durante el trabajo de campo aparece el eje metafórico (Silva, 2000) que opone *adentro y afuera*, oposición que remite a la diferencia entre la ciudad y el barrio, el centro y el barrio. Alberto (38 años, sector 1) señala que “una cosa es el barrio y otra cosa es La Plata. La Plata como ciudad para vivir me parece una ciudad preciosa, inigualable, salvo los cordones de pobreza, los cordones que están de la 72 para este lado que es la frontera”. Aurora (60 años, sector 2) coincide: “Está dividido, el centro es una cosa y el barrio es otra” y Carlos (56 años, sector 2) remarca la necesidad de “abrir la ciudad”, que “está encerrada entre cuatro fierros”⁴, donde “adentro” hay de todo y “afuera” no hay nada.

³ En este artículo nos detendremos principalmente en la experiencia urbana de los residentes en el sector dos, fundamentalmente de quienes viven en un asentamiento conocido como Puente de Fierro. Para un análisis de las complejas relaciones entre los residentes de distintos sectores al interior de la periferia remito a Segura (2011).

⁴ Por “cuatro fierros” el entrevistado se refiere a los distintos ramales ferroviarios (la mayoría de los cuales está actualmente desafectado) que delimitaron históricamente el cuadrado del trazado fundacional de la ciudad y a partir de los cuales se construyó la actual Avenida de Circunvalación que distingue el casco urbano (trazado fundacional) de la periferia. De esta manera, el eje metafórico adentro-afuera, que funciona en diversos contextos socio-espaciales, adquiere un uso social específico en la ciudad de La Plata para referirse a “estar adentro” o “estar afuera” de la misma ciudad, según la posición relativa respecto del trazado fundacional.

De esta manera, desde la perspectiva de los actores, el barrio y la ciudad aparecen como *dos entidades socio-espaciales diferentes*. Las descripciones que realizan sobre “la ciudad” lo confirman. Víctor, migrante peruano de 40 años que desde hace cinco reside en el sector 2, señala que “es una de las pocas ciudades en el mundo que ha sido planificada antes de ser construida. Es una ciudad que se puede decir que arquitectónicamente es novedosa, en comparación con cualquier otra ciudad que yo haya visto al menos, por sus plazas, su diseño, su catedral, las cosas que tiene, que para ser relativamente chica en comparación de otras grandes ciudades, tiene de todo en ese pequeño territorio. Es muy atractiva por eso”. En la misma línea Ester, migrante boliviana de 35 años que reside desde hace más de 10 años en el sector 2, remarca que “yo la veo como ciudad histórica que tiene muchas cosas lindas, por ejemplo la catedral, todas esas cosas históricas ¿viste? Eso, tiene historia, mucha historia”. De esta manera, las descripciones de “la ciudad” remiten al trazado fundacional y a los elementos urbanos que lo caracterizan: planificación, plazas, monumentos, universidad, administración pública, elementos ausentes en el espacio barrial.

Se trata, en efecto, de *algo distinto del barrio*. La diferencia no es solo urbanística sino que refiere al acceso diferencial a bienes y servicios, infraestructura urbana y diversas políticas públicas: la ciudad tiene historia, monumentos y plazas, colegios y hospitales, infraestructura y servicios urbanos. En la misma dirección, Aurora opone el centro con el barrio: “la parte del centro está bien. Acá ya cambia mucho, no podés comparar” y enumera las diferencias: “el barrio tiene que irse movilizándolo en todo, la inseguridad, la luz, el gas. A los barrios ellos les abandonan. En los barrios, si nosotros no íbamos, no nos quejábamos, no teníamos nada”. Esa invisibilidad e inaccesibilidad a servicios e infraestructura *naturalmente presentes* en la ciudad, parcialmente morigerada vía la movilización de los residentes en el barrio, también es remarcada por Víctor quien sostiene que La Plata tiene problemas vehiculares, habitacionales, de seguridad y salud en la periferia y que sin embargo “te parás en el centro y es como que eso no ocurriera, andate hoy al centro, todo el mundo está feliz y contento, eso no ocurre, no existe”.

De los relatos de los residentes se desprende una cuestión central: el habitar la periferia como *una experiencia común*. Me refiero a que en los diversos relatos es posible identificar un conjunto de expectativas, problemas y prácticas comunes, vinculadas a lo que implica arribar, afincarse y vivir en la periferia. Simultáneamente, esta experiencia común, narrada de modos similares, no se traduce necesariamente en una experiencia compartida entre los distintos residentes, entendiendo por compartir la experiencia el hecho de encontrar en la misma un punto de articulación colectiva. ¿Cómo entender las dificultades –si no la imposibilidad- de compartir una experiencia común? Se trata de oleadas sucesivas de familias que llegaron con expectativas similares (un lugar para asentarse, la casa propia en el mejor de los casos) y se enfrentaron a los mismos problemas relacionados con la vivienda, los servicios, la infraestructura, el transporte, pero hicieron esto en momentos distintos y en condiciones objetivas diferentes en lo que respecta a la tierra (propietarios primero, ocupantes ilegales después) y a la inserción en el mercado de trabajo (mayormente asalariados primero, trabajadores informales y/o beneficiarios de planes sociales de empleo después).

Si esto es así ¿cómo entender la experiencia común? ¿Y qué es lo común de esa “experiencia común”? ¿De qué nos habla? ⁵

Analizando la literatura inglesa de los últimos cuatro siglos, Raymond Williams se encontró ante un problema similar que condensó en la paradoja de reconocer *la persistencia* de las significaciones y los sentimientos contrapuestos asociados a las imágenes del campo y la ciudad, por un lado, y *la variabilidad* física y social de los campos y las ciudades existentes a lo largo de la historia inglesa, por el otro. Señaló que tal persistencia nos puede llevar a “caer en la tentación de reducir la variedad histórica de las formas de interpretación a lo que, sin mucho rigor, se llaman símbolos y arquetipos”, reducción habitual “cuando comprobamos que ciertas formas, imágenes e ideas importantes persisten a través de periodos de grandes cambios”. Desde luego, la solución no puede ser nunca –sostuvo– la abolición u olvido de uno de los términos (la persistencia o la variación), sino que el desafío consiste precisamente en *comprender la persistencia en el marco de la variación histórica*, ya que así es posible identificar diferencias a la vez que la “persistencia indica alguna necesidad permanente” (2001: 357).

De esta manera, lo que torna común a estas experiencias desarrolladas en momentos y condiciones diferentes, lo que esas narrativas bastante similares expresan, es precisamente lo que distingue (casi diría, opone) a la vida en la periferia de la vida en la ciudad, es decir, la distancia que para los actores sociales existe entre lo histórico y socialmente establecido y esperado sobre la vida urbana y lo que han tenido (y tienen) que enfrentar cotidianamente viviendo en la periferia. En definitiva lo común es, parafraseando a Williams, la experiencia de hacer frente a la persistencia de una necesidad permanente y de incorporar el lugar (espacial y social) desde el que se vive y se relaciona con la ciudad. Como señaló Caldeira “enfrentar esos problemas y esas condiciones constituye una experiencia que es común a los que residen en barrios de la periferia, o sea, que es conocida y vivenciada por todos, independientemente del hecho que puedan ocupar diferentes posiciones en relación a otros sectores de la sociedad”. Compartir una manera de vivir la ciudad significa “tener una serie de referencias comunes a partir de las cuales se elabora un visión de la ciudad y de la sociedad en la que se vive” (1984: 72; traducción propia).

La ciudad, escenario de desplazamientos

En las últimas décadas las investigaciones sobre sectores populares urbanos en la Argentina han señalado que frente a la pérdida de centralidad de la actividad laboral, con la consecuente declinación de las formas de organización y de identificación propias del mundo del trabajo, la vida social de los sectores populares tendió a quedar circunscripta a los límites del barrio y de las

⁵ En efecto, conocemos una gran cantidad de relatos similares de personas de los sectores populares acerca de los procesos de ocupación de la tierra y la urbanización: la llegada de los servicios (asfalto, luz, gas, transporte), el establecimiento de instituciones (la escuela, la salita), la cualificación del espacio público (iluminación, plazas, espacios comunes). Estas narrativas del barrio como un lento y esforzado progreso no se limitan a los sectores populares de la Argentina (Auyero, 2001), sino que procesos similares han sido descritos en los sectores populares urbanos de países como Brasil (Caldeira, 1984; Kowarick, 1993; Durham, 2000) y México (Lindón, 2005), por referenciar tan sólo a aquellos países de la región donde existen más investigaciones.

organizaciones locales que allí operan⁶. Denis Merklen (2005) ha denominado a este proceso “inscripción territorial” de los pobres urbanos, en tanto frente al proceso de desafiliación y empobrecimiento, el barrio aparece como lugar tanto de repliegue como de inscripción colectiva. También se ha señalado que el proceso de “territorialización de los sectores populares” (Svampa, 2005) producido en los últimos veinticinco años no sólo se relaciona con la pérdida de centralidad del mundo del trabajo sino también con una correlativa transformación profunda de las políticas públicas. En primer lugar por la adopción de políticas sociales focalizadas que abandonaron cualquier pretensión universalista para centrarse en la asistencia directa a los más desfavorecidos, con la consecuente implementación de programas que hacían de la participación y organización de los más pobres un objetivo explícito (cuando no una condición necesaria para la asignación de recursos) y que dieron lugar a la formación o el fortalecimiento de innumerables organizaciones comunitarias. En segundo lugar por la descentralización administrativa que transfirió responsabilidades hacia los niveles locales de gobierno, provocando una desagregación de las demandas y una mayor dificultad para la conformación de actores colectivos de más vasto alcance (Bonaldi y del Cueto, 2009). De este modo, la bibliografía coincide en señalar que la conjunción entre la limitación de la mayor parte de las prácticas cotidianas al espacio barrial y los procesos de inscripción territorial han reforzado la segregación socio-espacial de los sectores populares.

Y sin embargo, aun reconociendo estos procesos y la importancia del territorio barrial en la vida cotidiana de los sectores populares, la experiencia urbana de los habitantes de la periferia no se agota ni coincide con los límites del espacio residencial. Suele suceder que en muchos estudios sobre segregación socio-espacial implícitamente se adopta como dato de la realidad el punto de vista dominante (Grignon y Passeron, 1989) que se podría sintetizar en la siguiente idea: “vivimos en ciudades donde los ricos no ven a –ni se encuentran con– los pobres”. En consecuencia, se describe la vida urbana enfatizando rasgos como la separación, el aislamiento y la ausencia de interacciones entre las clases sociales. Suponiendo que sea cierto que los ricos no ven a los pobres –cuestión que en nuestro caso sólo se verifica en lo relativo a los espacios residenciales, es decir, los sectores altos y medios de La Plata no conocen la periferia pobre–, la situación no es simétrica si miramos el fenómeno desde el punto de vista dominado: los pobres ven a los ricos y conocen sus lugares de residencia; se desplazan cotidianamente hacia el centro de la ciudad y hacia sus lugares de trabajo, viajando varias horas diarias; realizan habitualmente trámites que suponen no solo desplazamientos sino también largas esperas para acceder a los servicios públicos; muchas veces se manifiestan políticamente en los espacios centrales de la ciudad; e incluso, excepcionalmente, pasean por la ciudad, buscando disfrutar de algunos de sus beneficios. De este modo, incluso contra poderosos límites económicos, geográficos y simbólicos, los residentes en la periferia se mueven cotidianamente por la ciudad, componiendo distintos escenarios de desplazamientos, practicando

⁶ Es probable que sea necesario matizar la afirmación de un pasaje lineal de la fábrica al barrio en los sectores populares de la Argentina actual. Diversas investigaciones –y un conjunto de transformaciones recientes– muestran una complejidad mayor y alertan sobre la generalización de dicha tesis, a la vez que ciertas características del proceso de territorialización indudablemente persisten.

el lugar, produciendo espacios (de Certeau, 2000). Por esto, además de la cotidianeidad barrial, instancia de la vida social frecuentemente privilegiada por las ciencias sociales cuando estudia a los sectores populares, debemos prestar atención a sus desplazamientos por el espacio urbano.

Distancias

Los residentes en la periferia no sólo viven afuera, sino también *lejos* de los bienes y servicios necesarios para la reproducción de su vida. La lejanía no refiere única ni exclusivamente a la cantidad de metros que separan la vivienda de otros ámbitos urbanos como la escuela, el hospital, el trabajo, la administración pública y los espacios de ocio, generalmente ausentes en el barrio. Como señalaba Daniel argumentando sobre la necesidad de un centro de salud en el barrio: “el Hospital de Niños [hospital más cercano] *está lejísimo y es muy complicado salir de acá (...)*. Tenemos [ómnibus] por 31, pero de acá al cementerio hay muchísimas cuadras, de acá al cementerio donde ya pasan muchos micros y se pueden tomar para todos lados, pero para la gente de acá son de 90 a 70, son 20 cuadras y *hay que caminarlas*”. Distancia refiere aquí tanto a los cuatro kilómetros que hay hasta el hospital más cercano, como también a las dificultades para salir del barrio por su inaccesibilidad y a las veinte cuadras que sus habitantes deben caminar hasta la parada de ómnibus que los acerca al hospital. La distancia, entonces, no consiste únicamente en un atributo cuantitativo; además de la distancia física hay que contemplar otros aspectos geográficos como la modalidad de localización (abierta o cerrada, continua o discontinua, accesible o inaccesible), así como las vías y los modos en que la distancia es suprimida, es decir, las formas y los medios disponibles de desplazamiento.

Richard Sennett (1997) ha señalado que tanto la planificación urbana moderna, con sus líneas rectas primero y sus autopistas después, como el diseño de medios de transporte como el ferrocarril y el automóvil, mediante el énfasis en reducir el tiempo, eliminar obstáculos e incrementar el confort y el placer del viajero, han favorecido la indiferencia por los lugares que se atraviesan, incrementando de este modo la pasividad de quien los atraviesa. Precisamente es lo opuesto a lo que ocurre con los residentes de la periferia, donde desplazarse y cubrir grandes distancias supone múltiples esfuerzos y donde podríamos pensar que el cuerpo “siente” y “aprende” la distancia física (y social) que lo separa de bienes y servicios fundamentales para vivir. En esta dirección Bourdieu (2002) ha sostenido que la ubicación en el espacio de la ciudad y las distancias que se deben recorrer traducen las posiciones y las distancias sociales. La incorporación de las estructuras del orden social se realizaría en gran medida a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales que se afirman en distancias sociales y a través de los desplazamientos y movimientos del cuerpo que esas estructuras sociales convertidas en estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican: entrar y salir, ciudad y barrio, cerca y lejos.

Lógicas de circulación por la ciudad

Que los residentes en la periferia compartan una posición espacial y social desventajosa y que sea imperioso para ellos desplazarse por la ciudad, no debe conducir a la conclusión de que sus movimientos sean idénticos. No alcanza con

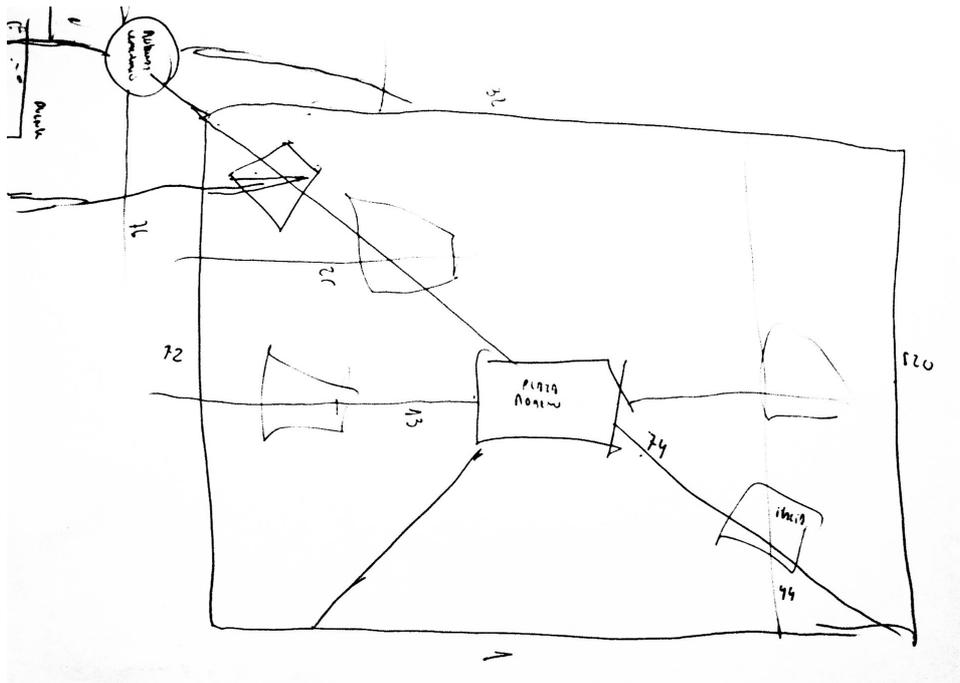
señalar que los residentes de la periferia se desplazan cubriendo grandes distancias físicas y sociales y cuestionando un conjunto de límites. Es necesario reconstruir sus *lógicas de circulación* (Kessler, 2004) por la ciudad.

Tomando como punto de partida los cinco dominios urbanos (doméstico, aprovisionamiento, recreación, vecindad y tránsito) identificados por Hannerz (1986) se analizó la *territorialidad de las prácticas* de los residentes de la periferia asociadas a cada uno de esos dominios. En términos generales, lo primero que se identificó es la centralidad que tiene la *práctica del salir*, es decir, el *desplazamiento hacia fuera del barrio*, en las estrategias de *aprovisionamiento*. El barrio no es un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes deben salir para obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida. En otro trabajo (Segura, 2009 b) propuse la ecuación "*recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro*" como una fórmula que condensaba esquemática y parcialmente la vida en barrios populares, vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que empujan hacia el aislamiento y la exclusión, por un lado, y la movilidad como práctica fundamental en las estrategias implementadas para sobrevivir, por el otro. Se trataba de una fórmula esquemática y parcial por dos motivos. En primer lugar, porque no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio ni se sale únicamente en búsqueda de recursos. En segundo lugar, porque según la posición social de los actores barriales analizados, la circulación, los desplazamientos y las territorialidades varían sensiblemente. De hecho, del trabajo de campo realizado surge que para comprender los desplazamientos por la ciudad se debe mirar la cambiante articulación entre la condición laboral, el género y la edad, entre otras dimensiones, que influyen tanto en el conocimiento de la ciudad como en las territorialidades cotidianas de cada una de las personas en la ciudad.

Salidas instrumentales

Como la razón fundamental para salir del barrio se vincula con el aprovisionamiento, la ocupación de las personas es fundamental para comprender sus desplazamientos, sus vínculos con la ciudad y las representaciones que tienen de la misma. Varones como Carlos (construcción) y Javier (cartoneo) sostienen lo mismo que Víctor (electricista) "voy al centro todos los días". En la misma dirección Joaquín, quien realiza changas como jardinero, compone la siguiente imagen de la ciudad.⁷

⁷ Con algunas de las personas con las que compartí mucho tiempo durante el trabajo de campo y con quienes me entrevisté en diversas oportunidades, trabajamos en la confección de dibujos de la ciudad como estrategia para conocer sus representaciones y prácticas espaciales. Para una discusión metodológica, ver Segura (2010b).



Joaquín, 50 años, oriundo de Tucumán, hace 20 años vive en La Plata.
 Dibujo que combina los métodos panorámico e itinerante. Realizado en agosto de 2008.

Y señala:

“la ciudad de La Plata es la ciudad de las diagonales. Puede hacerse un cuadrado [dibuja el cuadrado]. Después tenés diagonales, yo de las diagonales no me acuerdo muy bien, pero sí hay una diagonal que pasa por donde estamos nosotros ¿no es cierto? [Señala diagonal 74, que va del extremo superior izquierdo de su cuadrado a la plaza Moreno, ubicada en el centro del dibujo]. Llegás desde acá [señala el barrio, en el extremo superior derecho de su dibujo] al centro, Plaza Moreno... Esta es diagonal 74, después venís, hacés un poquito más está la rotonda del cementerio [extremo superior izquierdo del dibujo], agarrás 31, hacés para acá, entonces Puente estaría más por acá [dibuja su barrio]”.

A partir de su dibujo (y del relato que lo acompaña) Joaquín compone un *escenario de desplazamientos* sumamente instructivo, donde se combinan una imagen visual panorámica compartida por vastos contingentes de los habitantes de la ciudad (cuadrado, diagonales, plazas) con la posición que él y su barrio ocupan con respecto a dicha imagen y el itinerario que debe realizar para conectar ambos puntos. A la vez que recurriendo a cierto sentido común urbano se refiere a La Plata como “la ciudad de las diagonales”, remarca el hecho de no recordarlas. De esta manera, se desprende cierta relación básicamente instrumental con “la ciudad” -en realidad, con el centro de la ciudad-, lugar al que Joaquín va casi exclusivamente a realizar trámites, así como Víctor, Carlos y Javier van cotidianamente por trabajo y, como veremos, muchas mujeres van la mayoría de

las veces por cuestiones relativas a la reproducción del espacio doméstico: ir al hospital, hacer un trámite, llevar a los hijos a la escuela.

Relaciones de género e itinerarios urbanos

Además de la situación en el mercado de trabajo, el género ayuda a comprender las lógicas de circulación por la ciudad, ya que se podría sostener que existe una circulación diferencial por el barrio y la ciudad según género. Como se desprende de las experiencias de Joaquín y Víctor, entre otros, la mayoría de los varones adultos *salen del barrio hacia sus trabajos*, caracterizados por la informalidad y la baja calificación, mientras las mujeres (independientemente de su relación con el mercado de trabajo) se encargan de la *reproducción del espacio doméstico y de sostener las actividades barriales*, lo cual implica también la movilidad cotidiana hacia la escuela, la salita o el hospital, el comedor.⁸

Cómo se combinan las actividades y los roles depende tanto de los arreglos familiares como del curso de vida. En este sentido, la historia de Azucena nos permite observar la variación temporal de las movilizaciones cotidianas por el espacio urbano. Ella trabajó junto con su madre en las quintas de Arana, “desde los 12 años (...) cosechando chaucha, curando las flores del tomate, cosechando tomate, cosechando berenjena. Y trabajaba porque así me pagaba los estudios”. En esa época “salía en bicicleta a las seis de la mañana, antes de que amanezca, me llevaba algo de comer y venía a la noche, re cansada, a dormir, me bañaba, me dormía y al otro día lo mismo. Y cuando era temporada de escuela dejaba de trabajar, por ahí trabajaba sábados y domingos y los días de semana estudiaba”. Después conoció a su actual marido “acá, en el barrio” y dejó de trabajar. Actualmente, mientras su marido “sale a las siete y vuelve a las seis de la tarde, todos los días de lunes a sábado”, Azucena señala “no soy de esas personas que se sale todo, por todas partes, no, yo estoy juntada hace seis años y medio, siete años casi, *siempre estuve acá en mi casa*, de mi casa a la casa de mi mamá, de la casa de mi mamá a la casa de mi suegra”, la primera ubicada “a media cuadra y la casa de mi suegra a una cuadra y media”. Una vez a la semana “voy al comedor, trabajo ahí porque tengo un plan que me dieron ellos, voy ahí y charlo porque vienen madres que se acercan”.

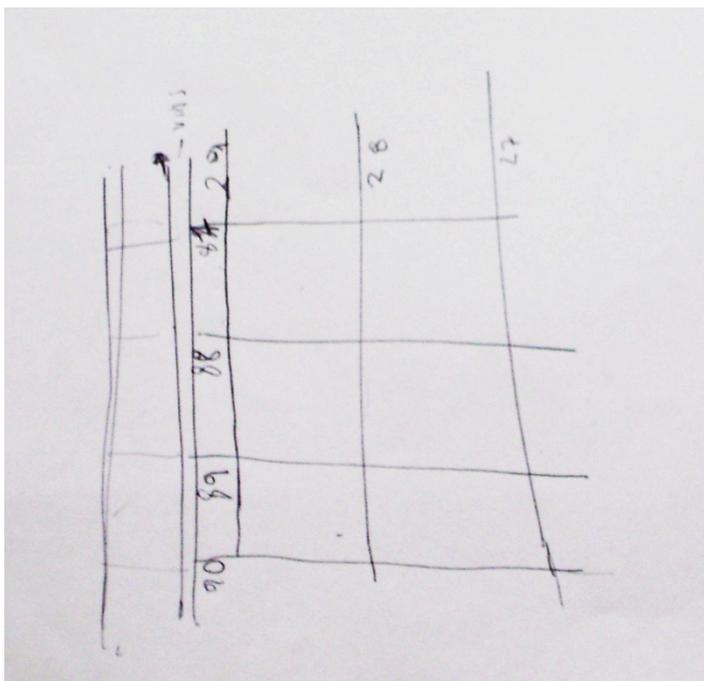
Mónica también combina sus tareas en el comedor con el trabajo en las quintas, en un vivero en Arana junto a su marido. A diferencia de su marido (“ellos entran a las 8 de la mañana, salen a las 12, entran a las 2, salen a las 6; ellos están en blanco”), va al vivero “dos o tres días a la semana, cuando no tenemos que hacer algunos papeles de acá [por el comedor]”. Ambos van y vienen en bicicletas, su marido va “todos los días en bicicleta”. Mónica me cuenta su día: “me levanto, me voy a trabajar, vuelvo, vengo a mi casa, hago para comer [su marido regresa a almorzar a su casa todos los días y cuando ella va al vivero por la tarde salen juntos en

⁸ El “comedor” no sólo funciona para muchas mujeres como un lugar donde realizan la contraprestación por los planes de empleo, sino que también es un espacio de sociabilidad básicamente femenina y de militancia política y social. Constituye un nodo en la circulación cotidiana de muchas mujeres y niños, en tanto espacio en el que se realizan diversas actividades: reuniones, asambleas, talleres.

bicicleta] y después me voy a trabajar. A las seis y media de la tarde entro a la escuela y hasta las nueve de la noche no vuelvo a mi casa”.

Se delinea una lógica barrial cotidiana: los varones salen temprano para trabajar y regresan al barrio por la tarde; las mujeres se ocupan de la reproducción doméstica, muchas de las cuales implican grandes desplazamientos y sostienen diversas instancias barriales como el comedor. Por supuesto, existen significativas variaciones en el grado de movilidad de las mujeres. Mientras que desde que se casó Azucena “no sale mucho”, cuida de la casa y de sus hijos, y realiza la contraprestación del plan en un comedor del barrio, Ester, militante social y referente de un comedor, reconoce que “casi siempre estoy en el centro, porque *si no me muevo esto no funciona*”. Y estas variaciones en los desplazamientos cotidianos se traducen en el tipo de relación y conocimiento que tienen de la ciudad.

En una oportunidad que le solicité a Azucena que dibuje la ciudad me contestó “¿la ciudad o acá, el barrio?” y me contó que en la ciudad “las diagonales me pierden, hay muchas diagonales. Después me ubico con las calles, pero cuando hay diagonales...si yo me voy sola me pierdo y no vuelvo más. Te hago el barrio mejor” y dibujó en un papel un plano de las pocas cuadras que ocupa Puente de Fierro.



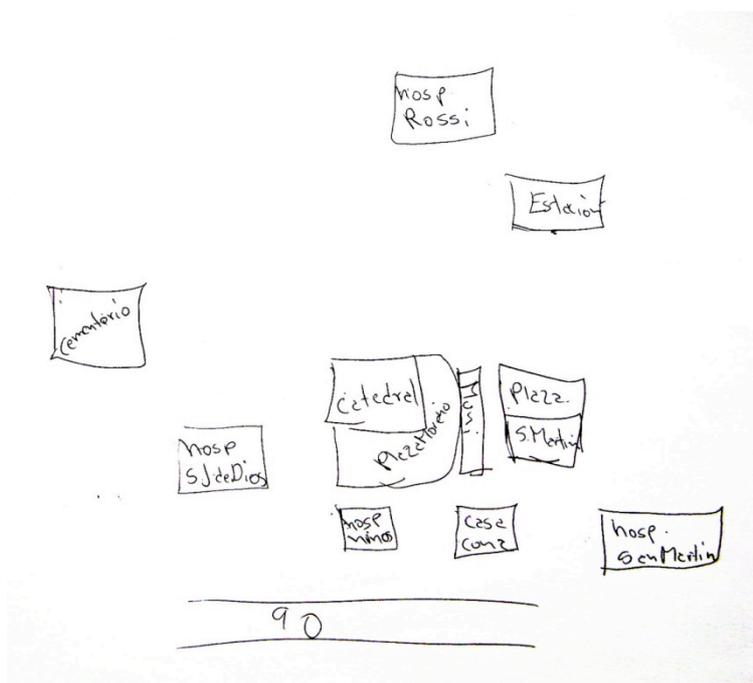
Azucena, 28 años, oriunda de Jujuy, vive en La Plata desde los 9 años.

Dibujo panorámico del barrio Puente de Fierro. Realizado en octubre 2008.

Tanto en lo extremadamente acotado del espacio representado como en la ajenidad manifestada en relación con la ciudad (visitas esporádicas, desconocimiento, confusión) la representación de Azucena contrasta con otras representaciones de la ciudad desde la periferia. Y sin embargo, incluso en un caso bastante extremo de confinamiento en el espacio barrial, la ciudad no le es totalmente desconocida: le disgusta por “el tema del tráfico, que es peligroso,

porque el que va caminando tiene que tener cuidado” y le gusta por “las plazas, las flores, las casas. Por ahí cuando vamos con mi marido, o cuando voy sola, miramos las casas, la forma de las casas”. Sin dudas, la propia experiencia y significación de habitar la periferia se informa en estas visitas a la ciudad.

Por su parte, en una ocasión le solicité a Ester que dibuje la ciudad. Estábamos en el comedor, charlando y tomando mate. Desde hacía un rato estaba junto a nosotros la suegra de Ester, doña Clara, oriunda de La Paz, lugar al que no ha vuelto desde que emigró hacia Argentina, hace 40 años, primero a La Quiaca (donde nacieron sus hijos, uno de ellos Javier, el marido de Ester), luego a Córdoba y actualmente La Plata. Ante mi solicitud, Ester comienza a dibujar su ciudad; el dibujo terminado es el siguiente.



Ester, 35 años, oriunda de Villazón (Bolivia), hace 14 años que vive en La Plata.

Dibujo realizado utilizando el propio punto de vista (y no la perspectiva geométrica) en marzo de 2009.

Y mientras lo dibujaba, charlamos:

E: Primero la 90 [calle en la que se encuentran su casa y el comedor; más allá de la 90 hay un descampado]. Esta es la 90 [base del dibujo], donde estamos nosotros, bueno por acá está el hospital San Juan de Dios. Después, más por acá está la catedral. Y después la Plaza San Martín que está por acá.

R: Si

E: y más por acá la Estación de trenes, que es histórica para nosotros, ese era nuestro punto de concentración para ir a los piquetes

R: Ahí se encontraban, ustedes iban de acá del barrio hasta la estación

E: Hasta la Estación, con nuestra plata, como podíamos, por ejemplo había un tiempo que todos los varones iban en bicicleta. Y después acá, Plaza San Martín, Catedral, que estaría ahí la Plaza Moreno ¿no?

R: Claro

E: Y acá sería la municipalidad

Doña Clara: Las Torres también Ester

E: ¿Las torres?

Doña Clara: Claro, hay 1 y 2 [se refiere a dos torres adyacentes de la municipalidad donde funcionan dependencias del gobierno provincial]

E: ¡Pero eso no, Doña Clara!

(risas)

E: Y por este lado, de la 90 por acá, más o menos, sería el [hospital] San Martín. Y sería por acá de la Estación, por acá atrás sería el Hospital Rossi, ahí me operaron a mí. Esos serían los puntos más importantes para mí.

Doña Clara: Cementerio no has puesto

E: ¡No!, el cementerio no me gusta

(Risas)

R: Claro, ¿a ese lugar mejor no ir no?

E: El cementerio está por acá más o menos

Doña Clara: Cementerio, cementerio, vamos a llegar algún día igual, todos.

E: Yo no me quiero quedar acá, me voy a mis pagos. Que me lleve. Eso le diría a mi hija.

Parece bastante claro que el dibujo de Ester sintetiza parte de su experiencia de la ciudad: el lugar donde reside y desde donde mira la ciudad (“la 90”), ciertos hitos urbanos compartidos como la Catedral, los distintos lugares por donde circula o ha circulado en el pasado (el hospital donde la operaron, la municipalidad donde gestiona recursos, la estación del ferrocarril hacia donde se dirigía para ir al piquete, la plazas San Martín y Moreno sedes de diversas manifestaciones), las distancias a cubrir y las carencias de recursos monetarios para hacerlo e incluso cierto sentimiento de extranjería y el deseo de morir en su tierra. Se trata, además, de un dibujo sumamente original e infrecuente entre los obtenidos en el trabajo de campo, porque reaparece *el punto de vista* que la cartografía expulsó. Ester dibuja la ciudad como ella la ve desde su lugar de residencia. No realiza un cuadrado y luego ubica su barrio en relación al mismo (como Joaquín), aceptando la perspectiva geométrica y totalizadora, sino que dibuja en primer lugar su posición y desde ahí, mira la ciudad y la representa “como se ve” desde el punto desde el cual ella la mira.

Más allá de las variaciones, de las que las experiencias de Azucena en tanto ama de casa y Ester con su rol clave en la trama social y política del barrio quizás sean las posiciones extremas, las relaciones de género se traducen en la lógica de

circulación cotidiana en itinerarios territoriales claramente diferenciados entre varones y mujeres. Mientras los primeros realizan *itinerarios lineales* del tipo casa-trabajo-casa, podríamos caracterizar a los itinerarios femeninos como *no lineales o múltiples*, en tanto deben hacer compatibles múltiples requerimientos (domésticos, laborales, etc.). Así, el almacén, el comedor, la escuela y la salita son espacios específicamente femeninos, puntos a partir de los cuales las mujeres organizan cognitivamente el resto de la morfología urbana (Delgado, 2007: 238) y ordenan sus andares, con itinerarios del tipo casa-escuela-trabajo-escuela-almacén- casa, o casa-salita-casa-escuela-casa.

Los múltiples sentidos de salir

La mayor parte de los desplazamientos por la ciudad son instrumentales (Grimson, 2009), se sale por algo puntual y específico, y suponen un gran esfuerzo en términos económicos, temporales y corporales. Sin embargo, en algunas ocasiones salir puede ser también una oportunidad. Además de las estrategias de aprovisionamiento, las prácticas (excepcionales) ligadas al consumo y al ocio y la política constituyen instancias para salir del barrio. Azucena, a quien conocí precisamente en una marcha al centro de la ciudad que realizaban organizaciones políticas de la periferia, relataba:

Voy a las marchas que hace el comedor. Ahí es donde *me voy un poco a despejar, porque paso mucho tiempo acá en la casa. Vamos con algunas compañeras del comedor, por ahí la llevo a mi hermana, a mi mamá, vamos porque miramos, porque es tranquilo. Para ver, para salir al aire. Por ahí a marchas de Buenos Aires, si van me prendo, más cuando hay un micro, mejor. Porque una vez me fui en tren y después a la vuelta hicieron un piquete en las vías y no había tren. Por eso me voy cuando hay micro. Aparte porque *conocés gente, ves la gente.**

Para una mujer como Azucena, las marchas son fundamentalmente una oportunidad para salir de la casa, despejarse, mirar, conocer gente. La forma de hablar sobre dichas prácticas condensan los sentidos asociados al salir por contraposición con el estar adentro: “me voy un poco a despejar”, “salir al aire”. De esta manera, en oportunidades como la descrita salir adquiere un *alto contenido simbólico*, en tanto permite escapar momentáneamente a una cotidianeidad anclada y circunscripta a los límites del barrio (y, en el caso de muchas mujeres, de la casa) por una conjunción de límites económicos (ausencia de dinero, sin vínculos con el mercado de trabajo), geográficos (distancias, inaccesibilidad y medios de transporte), políticas públicas territorializadas (que tienden a reforzar el aislamiento) y roles de género tradicionales.

Relaciones de tránsito, interacciones y estigmas

Las relaciones en el espacio urbano nos remiten constantemente al problema de la accesibilidad y la diversidad en la ciudad, ya que “la gente reacciona no sólo al hecho de estar cerca, sino a estar cerca de tipos particulares de personas” (Hannerz, 1986: 117). Por esto, las interacciones en el espacio público exceden la

relación entre anónimos, poniéndose en juego mecanismos de alteridad / identidad. Marcas o atributos funcionan como indicios de la edad, el género, la etnicidad, la clase y la ocupación (entre otras) promoviendo, según los casos, el acercamiento, la indiferencia, el rechazo. Las relaciones de tránsito, relaciones de “interacción mínima” constitutivas de la ciudad, constituyen un ámbito de la vida urbana relevante para entender la experiencia urbana de quienes residen en un barrio periférico. ¿Cómo experimentan sus propios desplazamientos por la ciudad? ¿Qué imagen les devuelven los otros con los cuales se encuentran e interactúan en el espacio público?

Estigmas territoriales

En el imaginario de la ciudad, Altos de San Lorenzo y fundamentalmente sus asentamientos son estigmatizados. Los medios de comunicación refuerzan estos estereotipos al asociar de modo unívoco dicho espacio con los delitos, las carencias infraestructurales y las usurpaciones de terrenos. Ester señala que “los del centro a nosotros *nos dicen villeros* y en la escuela a mi hija le decían villera, porque a ella le decían “¿dónde vivís?” “en la 90” “¡Ah!, esta es una negrita villera”. La mayoría de la gente dice “a la 90 no vamos, es peligrosa”.

En el relato de Ester se condensan las características principales de los *estigmas territoriales* (Waquant, 2007): básicamente el desplazamiento que el estigma opera desde un tipo de hábitat o vivienda a un tipo de persona -de la villa a los villeros- lo que se traduce tanto en las prácticas espaciales de los habitantes de la ciudad, que asocian esos espacios a la violencia y la delincuencia, por lo que los evitan, como en una marcación que acompaña a los residentes del barrio a diversos espacios de interacción social, sumando una desventaja adicional a las que ya experimentan.

Aurora relata que durante una capacitación en un comedor del barrio, una de las talleristas se refería a los chicos como “los del barrio, los negritos” y ella le dijo

“se equivoca, porque muchas veces puede haber negritos y muchos maleducados pero no hace falta tener plata y vivir en el centro para ser educado”. Muchos lo piensan así, igual que en las charlas en el San Juan de Dios, donde una doctora dijo “los mocosos del barrio” cuando hablábamos de las adicciones, yo digo, “no hace falta ser del barrio para ser adicto”.

Esta situación se agrava con los habituales controles discrecionales que realiza la policía a los residentes del barrio, ya sea cuando están saliendo o retornando a sus hogares, en las inmediaciones del barrio, o cuando se encuentran en espacios públicos alejados de su lugar de residencia. Como relata Daniel “cuando la policía te pregunta de dónde sos y vos le decís de Puente de Fierro, listo, para ellos ahí están todos los malandras”. Cansado de esta situación, Daniel aprendió a responder a los interrogatorios policiales callejeros.

D: Después uno va tomando experiencia y le cambiaba la dirección a ver qué es lo que pasaba

R: ¿Y qué le decías?

D: En vez de decirle Puente de Fierro, decía “calle 88 entre 28 y 29” entonces, qué hace el policía, piensa, dice “¿adónde queda?”. Como que se pierde.

La anécdota es reveladora. El cambio en los criterios de referencia y localización, desde el nombre propio estigmatizado (Puente de Fierro) a la racionalización y cuantificación del espacio propio de los criterios abstractos de la grilla fundacional de la ciudad le permiten, al menos situacionalmente, desmarcarse. A la vez, es una muestra más de que la mayoría de las personas que habitan la ciudad desconocen la ubicación del barrio, lo que no impide que en general continúen reproduciendo el estigma.

Ahora bien, la estigmatización no es solamente territorial, recordándonos que el acceso desigual a la ciudad se articula y combina con dimensiones étnicas y raciales, entre otras. Daniel cuenta que

“hay dos o tres compañeras que ya están independizándose, quieren hacer su vida, salen a buscar trabajo, salen al centro y ahí cuentan ellas que como son morochitas, las hicieron al costado y agarraron a otra más blanca, ¿entendés? Se sentían muy mal estas chicas porque habían sido despreciadas. Donde se ve un trabajo que lo puede hacer cualquiera, eligen a gente sin experiencia y más blancos”.

Y Ester señala que después de reiteradas agresiones a su hija en la escuela decidió ir a hablar con la maestra y la directora y les dijo “a mí me pueden decir boliviana, bolita, lo que ustedes quieran, pero a mi hija no. Le guste a quién le guste, mi hija es muy nacida en esta tierra y en este suelo, y tiene todos los derechos como todos estos”.

De esta manera, además de los obstáculos económicos y geográficos, los residentes en los asentamientos son objeto de la estigmatización cotidiana en múltiples ámbitos de la vida social (trabajo, educación, salud, políticas sociales), a la cual muchas veces se oponen, cuestionando los argumentos sostenidos acerca de ellos. Y también en la circulación por los espacios públicos, en los espacios transicionales entre el barrio y la ciudad.

Clase, juventud y estigmatización

Hasta el momento hemos señalado diferencias respecto a dos ejes en la vida barrial. Por un lado, diferencias de género, en el sentido de que las prácticas espaciales muestran variaciones entre varones y mujeres. Por otro lado, diferencias en las prácticas espaciales relacionadas con la posición y rol social de los actores en la trama barrial, cuyos polos antitéticos se encuentran representados por las personas que participan en el mercado laboral y quienes tienen un rol relevante en la política barrial, ambos con una alta movilidad, y personas adultas desempleadas y mujeres amas de casa, con la tendencia a no salir del barrio. Trataremos ahora el tema de la edad y, fundamentalmente, el lugar de *los jóvenes* en el espacio urbano.

Muchos jóvenes –fundamentalmente los jóvenes varones- *no tienen lugar*, ni en el barrio ni en la ciudad, pues como señala Saraví (2004) se encuentran fuera de la

escuela (los índices de deserción escolar son elevados), fuera de la casa (espacio de los adultos, generalmente de pequeñas dimensiones) y fuera del mercado laboral (con la excepción de changas esporádicas en el sector informal).⁹ Carecen de espacios propios, no están en la escuela, ni en el mercado de trabajo, la casa no es suya. Y también les es difícil circular por la ciudad, pues es entre ellos donde el estigma territorial recae con más fuerza y reduce sus perspectivas de accesibilidad y circulación por el espacio urbano.

Como relataba Marta, madre de tres hijos, “no pueden ir al centro porque los tienen identificados, la policía les pregunta dónde viven, los levantan y los llevan”, y en la misma dirección -y remarcando una diferencia de género- la maestra de una escuela del barrio contaba que “cuando les digo que vamos a ir al centro los chicos dicen que no, las chicas quieren ir, pero los chicos directamente dicen que no porque son discriminados”. Nos encontramos ante la experiencia que Gabriel Kessler (2009) denominó *relato de la estigmatización*, sostenido fundamentalmente por aquellos jóvenes (y sus madres) que siendo habitualmente señalados como peligrosos y victimarios, narran la vivencia cotidiana del estigma en el barrio, en el espacio público y el maltrato de la policía.

En este contexto, la ocupación de esquinas y descampados que tanto temor genera en otros residentes del barrio, lejos de hablar de una apropiación y dominio juvenil del espacio barrial, señala el repliegue hacia el único lugar y tiempo disponibles. Y es esa práctica la que genera temor entre los adultos y se transforma en un punto de discusión y disenso entre las diversas organizaciones sociales y políticas del barrio en cuanto a qué hacer con los jóvenes. De esta manera, el estigma territorial que recae sobre los residentes del barrio (y en especial sobre los jóvenes varones) presenta un doble efecto: “hacia afuera”, en relación con la ciudad, refuerza el límite y la separación, el cual es atravesado casi exclusivamente por motivos instrumentales; “hacia adentro”, en relación con la vida barrial, potencia la conflictividad interna, estimula la evitación mutua y la desconfianza interpersonal, colaborando de este modo en la producción de la realidad (violenta, insegura) que nombra.

Un acontecimiento resonante en la ciudad quizás ayude a iluminar el argumento. A medida que realizaba el trabajo de campo observé que era frecuente que algunas chicas y chicos del barrio pasaran algunas tardes y noches en plazas céntricas de la ciudad, así como noté la preocupación por esta práctica por parte de algunos adultos y efectores de políticas sociales. En el relato de Luz y Sofía, dos hermanas de 15 y 16 años residentes en Puente de Fierro, frecuentaban la plaza para “pedir plata o robar algo, para pasar el tiempo” y se encontraban con chicos y chicas de otros barrios periféricos de la ciudad. Lo infrecuente de su presencia en las plazas céntricas de la ciudad se evidencia en la rápida reacción negativa de distintos sectores sociales como medios de comunicación locales, comerciantes y “vecinos”

⁹ De los 104 chicos y chicas del barrio menores de 19 años que durante el año 2008 participaron de un programa del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires desarrollado en Puente de Fierro, 47% asistía regularmente a la escuela, 18% asistía irregularmente, 9% no concurría hacía menos de un año y 26 % había abandonado. El 45% estaba o había estado vinculado a actividades delictivas y el 47% permanecía en las esquinas o deambulando en el barrio la mayor parte del día.

céntricos, que culminó meses después en un violento episodio ocurrido la noche del 25 de julio de 2008, cuando un grupo de adultos (¿policías?) atacó con cadenas, fierros y armas blancas a un grupo de alrededor de 20 chicas y chicos, bautizado –y convertido en problema- tiempo antes por los medios locales como la “banda de la frazada”.¹⁰

Si bien se suele entender al espacio público (y sería deseable que así fuera) como el espacio físico de la ciudad accesible a todos, susceptible de diversos usos y que implica la co-presencia entre desconocidos, en las ciudades existe un conjunto de regulaciones y reglamentaciones mayormente implícitas y naturalizadas que prescriben y proscriben acciones y usos, así como las formas “adecuadas” de gestionar la proximidad-distancia con desconocidos. Se trata de una “estructura de interacción” (Barth, 1977) que, si bien sujeta a cuestionamientos, negociaciones y modificaciones, tácitamente supone que *hay un lugar y un tiempo para cada cosa* (y para cada clase, grupo, género, edad, etc.).

En el caso de La Plata la estructura de interacción dominante se expresa en que los residentes de los barrios periféricos casi exclusivamente van a “la ciudad” (al centro de la ciudad) por motivos instrumentales: trabajo, trámites burocráticos, ir al hospital. Así, en las lógicas de sus desplazamientos desde la periferia hacia el centro (su andar) y en el tipo de espacio apropiado y los modos de apropiarse del mismo (su estar) los jóvenes cuestionaban, quizás sin saberlo, un conjunto de límites sociales y simbólicos acerca de los usos de la ciudad. Y fueron precisamente las reacciones que esos modos de andar y de estar de estas chicas y chicos generaron en las autoridades, en la policía, en los medios, en los comerciantes de la zona y en algunos “vecinos” las que nos dejaron ver y analizar tales límites sobre la ciudad y sus usos.

Epílogo. Estructuras de interacción y experiencia urbana

“Lo que en el estilo metropolitano aparece como una disociación es en realidad sólo una de sus formas de socialización”

Georg Simmel

Quizás sea posible sostener que existen dos grandes metáforas para pensar la ciudad. Por un lado, *la ciudad como mosaico*, imagen heredada de la sociología urbana de Chicago, que representa al espacio urbano como una colección de mundos relativamente autónomos, separados y delimitados por fronteras duras; por el otro, *la ciudad como flujo*, metáfora con la cual se representa al espacio

¹⁰ Si bien no lo podemos desarrollar aquí, es importante remarcar la relevancia que el acontecimiento tuvo durante meses en el esfera pública local (llegando incluso a medios nacionales), desatando una disputa pública (marchas por la seguridad, marchas por “los pibes”, recursos de amparo, etc.) en la que entraron en conflicto las categorías con las cuales pensar la juventud y el acceso a la ciudad. Para un tratamiento en profundidad del acontecimiento remito a Segura (2012).

urbano como cambiante, dinámico, líquido, inestable. Si la primera imagen enfatiza las posiciones y los límites, con el consecuente descuido de las relaciones y los intercambios, la segunda enfatiza la movilidad y la circulación, infravalorando las posiciones y los límites, y olvidando atributos como la clase, la etnia y la raza que nos recuerdan que “la ciudad es más blanda para unas personas que para otras” (Hannerz, 1986: 280).

La experiencia urbana de los residentes en la periferia de la ciudad de La Plata remite a un entrelazamiento entre límites y fronteras, por un lado, y relaciones e intercambios, por otro, mostrándonos que la desigualdad en la ciudad es irreductible a la segregación residencial. Debemos evitar, pues, la tentación de encontrar “la aldea en la ciudad” (Gorelik, 2008), prestando atención a los desplazamientos y las interacciones que son constitutivas de la vida urbana, así como reconocer que la ciudad puede ser, según las situaciones, los actores involucrados y los dominios de actividad, más o menos blanda, más o menos dura. El desafío consiste en mirar simultáneamente posiciones y movibilidades, indagando cómo se entrelazan los límites y las fronteras con las relaciones y los intercambios y en ver cómo los flujos crean y re-crean fronteras y barreras.

En el intento de comprensión de las maneras de vivir la ciudad desde la periferia fue posible identificar un conjunto de “límites y presiones”, en el sentido de Williams (1997), que tienden a reforzar la separación entre los barrios populares y la ciudad, entre los cuales se encuentran cuestiones relativas a la economía (falta de recursos y/o trabajo), la geografía (distancias cuantitativas y configuraciones espaciales), la política (ya sea de tipo represivo, como los controles policiales, o el modo como están estructuradas las políticas sociales, focalizadas y territorializadas) y la cultura (estigmas que acompañan a la población de la periferia en diversas situaciones sociales, incluso muy lejos de su lugar de residencia como en la educación, la salud y el espacio público, entre otros). A la vez, incluso con la importancia que las políticas sociales y las organizaciones sociales tienen en la reproducción de la vida cotidiana, el barrio no es una entidad autónoma ni autosuficiente. Es un imperativo para la mayoría de las personas salir del barrio para acceder a bienes y servicios fundamentales para la vida.

Esa tensión entre límites y circuitos, entre fronteras y pasajes, tiende a estabilizarse en una “estructura de interacción” (Barth, 1977) específica. La mayoría de las salidas del barrio se vinculan con el dominio del aprovisionamiento. Se trata de incursiones instrumentales: trabajar, ir al hospital, hacer un trámite, a la vez que los dominios del parentesco, la vecindad y el ocio se mantienen, para la mayor parte de las personas y en la gran mayoría de las situaciones, dentro de los límites barriales. Y otro tipo de eventuales desplazamientos por la ciudad son sancionados negativamente.

Los modos de experimentar la ciudad desde la periferia, con sus modulaciones específicas de ocupación, género y edad, no sólo son singulares respecto de otros habitantes de la ciudad sino que también sedimentan en un conjunto de categorías con las cuales pensar la posición propia y la de los demás en el espacio urbano y social. En este sentido, intentamos mostrar que la experiencia cotidiana del acceso desigual a la ciudad expresado en posiciones (habitar la periferia), distancias (lejanía y costosos movimientos) e interacciones (estigmas) específicas tiende a

reproducirse en el lenguaje y en las prácticas en tanto categorías de percepción y evaluación (Bourdieu, 2002: 121) del espacio social.

Una tarde en el comedor se produjo el siguiente diálogo:

Daniel: Como que la gente de acá *está mucho más aislada*

Mónica: Sí

Ramiro: ¿ven eso?

Daniel: Aislada con la gente de ciudad, o sea, hay poca participación en el tema de convivir con gente de ciudad, lo que es gente de barrio es barrio, y pareciera que lo que es gente de ciudad, de ciudad

Mónica: Hay desconfianza, en realidad es eso. Te digo que me ha pasado *cuando estuve en el centro*, hay personas mayores que muchas veces antes de preguntante algo... ¡te miran bien primero! Y cuando voy al centro a veces con mis hijos la *desconfianza total* está.

En otra oportunidad Daniel volvió sobre el tema y señaló:

“la gente de barrio es más quedada, viene del trabajo y se queda, *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, generalmente siempre hace así la gente que viene del interior. Hay *muy poco contacto* con la gente de ciudad... no sé, es *como el agua y el aceite*, siempre cuesta juntarse”.

De esta manera, los límites espaciales producto de la objetivación de las desigualdades sociales se constituyen en límites categoriales para clasificar lugares, objetos y personas. “Somos distintos”, coinciden Daniel y Mónica, “como el agua y el aceite”, y estamos “separados” y “aislados”, separación y aislamiento que se (re) producen –y algunas veces se cuestionan– en los desplazamientos e interacciones cotidianas en la ciudad.

Bibliografía

AUYERO, Javier (2001); “Introducción. Claves para pensar la marginación”. En: Lóïc Wacquant: *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Manantial.

BARROS, José Márcio (2005); *Cultura e Comunicación nas avenidas de contorno em Belo Horizonte e La Plata*. Belo Horizonte, Editora PUCMINAS.

BARTH, Fredrik (1976); *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, FCE.

BONALDI, Pablo y DEL CUETO, Carla (2009); “Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno”. En: Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.

BOURDIEU, Pierre (2002); *La miseria del mundo*. México, FCE.

BOURGOIS, Philippe (2010); *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- CAGGIANO, Sergio y SEGURA, Ramiro (2013); "Migrantische Stadtaneignungen in Buenos Aires: Grenzen, Flüsse, Alterität". En: Anne Huffschild y Kathrin Wildner (Eds.): *Stadtforschung aus Lateinamerika. Neue urbane Szenarien: Öffentlichkeit – Territorialität – Imaginarios*. Bielefeld, Transcript (En prensa).
- CALDEIRA, Teresa (1984); *A política dos outros. O cotidiano dos moradores da periferia e o que pensan do poder e dos poderosos*. San Pablo, Editora Brasiliense.
- CALDEIRA, Teresa (2007); *Ciudad de muros*. Barcelona, Gedisa.
- CARMAN, María (2011); *Las trampas de la naturaleza. Medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires, FCE.
- CARMAN, María; VIEIRA, Neiva y SEGURA, Ramiro (2012); "Introducción. Antropología, diferencia y segregación urbana". En: María Carman, Neiva Vieira y Ramiro Segura (orgs.): *Ciudad, cultura y procesos de segregación urbana*. Quito, FLACSO (En prensa).
- CORTES, Susana (2008); "Vergüenza de vivir donde vivo": ideas para una re-conceptualización de la segregación residencial socioeconómica". *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*. Vol. 3, N° 3, pp. 419-445.
- DE CERTEAU, Michel (2000); *La invención de lo cotidiano I*. México, ITESO.
- DURHAM, Eunice Ribeiro (2000); "Viewing society from periphery". *Braslian Review of Social Sciences*, N° 1, pp. 7-24.
- GARNIER, Alain (1992); *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. La Plata, LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- GORELIK, Adrián (2008); "La aldea en la ciudad". *Revista del Museo de Antropología*. N° 1. Universidad Nacional de Córdoba, pp. 73-96.
- GRIGNON, Claude y PASSERON, Jean-Claude (1989); *Lo culto y lo popular*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- GRIMSON, Alejandro (1999); *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba.
- GRIMSON, Alejandro (2009); "Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires". En: Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- HANNERZ, Ulf. (1986); *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Buenos Aires, FCE.
- JIRÓN, Paola (2007); "Implicancias de Género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Vol. 12, N° 29, pp. 173-197. Caracas
- JIRÓN, Paola (2009); "Prácticas de Movilidad Cotidiana Urbana: Un Análisis para Revelar Desigualdades en la Ciudad". En: Tironi, Manuel y Pérez, Fernando: *Espacios, Prácticas y Cultura Urbana*. ARQ Ediciones, Escuela de Arquitectura.
- JIRÓN, Paola (2010); "Posibilidades de Socialización e Integración: La movilidad en Santiago de Chile". En: *Mutaciones de lo colectivo: Desafíos de Integración*. Actas

de la tercera escuela Chile-Francia, Cátedra Michel Foucault, Casa Central de la Universidad de Chile.

KATZMAN, Rubén (2001); "Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos". *Revista de la CEPAL* N° 75, pp. 171-185.

KESSLER, Gabriel (2004); *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.

KESSLER, Gabriel (2009); *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires, Siglo XXI.

KOWARICK, Lucio (1993); *A espoliacao urbana*. San Pablo, Paz e Terra.

LINDÓN, Alicia (2005); "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias". En: Rossana Reguillo y Marcial Godoy (Ed.). *Ciudades Translocales: espacio, flujo, representación*. México, ITESO/SSRC.

MARGULIS, Mario (1998); *La Segregación Negada. Cultura y Discriminación Social*. Buenos Aires, Biblos.

MASSEY, Douglas (1990); "American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass". *The American Journal of Sociology*. Vol. 96, N° 2, pp. 329-357.

MERKLEN, Denis. (2005); *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires, Editorial Gorla.

PORTES, Alejandro, ROBERTS, Bryan y GRIMSON, Alejandro (editores) *Ciudades Latinoamericanas*. Buenos Aires, Prometeo.

PREVOT-SCHAPIRA, Marie-France (2001); "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades". *Perfiles Latinoamericanos* n° 19, pp. 33-56.

RODRÍGUEZ VIGNOLI, Jorge (2008); "Movilidad cotidiana, desigualdad social y segregación residencial en cuatro metrópolis de América Latina". *Revista EURE*. Vol. 34, N° 103, pp. 49-71.

Rodríguez, Alfredo (2001); "Segregación residencial socioeconómica". Santiago de Chile: CEPAL.

RODRIGUEZ, Jorge y ARRIAGA, Camilo (2004); "La segregación residencial en la ciudad latinoamericana". *Revista EURE*, Vol. 29, N° 89.

SABATINI, Francisco y BRAIN, Isabel (2008); "La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves". *Revista EURE*. Vol. 34, N° 103, pp. 5-26.

SABATINI, Francisco, CÁCERES, Gonzalo y CERDÁ, Jorge (2001); "La segregación residencial en las principales ciudades chilenas". *Revista EURE*, Vol. 27, N° 82.

SARAVÍ, Gonzalo (2004); "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en contexto de pobreza estructural". *Revista de la CEPAL*, n° 83, pp. 33-48.

SARAVÍ, Gonzalo (2008); "Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México". *Revista EURE*. Vol. 34, N° 103, pp. 93-110.

SCHTEINGART, Martha (2001); "La división social del espacio en las ciudades". *Perfiles Latinoamericanos*, N° 19, pp. 13-31.

SEGURA, Ramiro (2009 a); "La persistencia de la forma (y sus omisiones). Un estudio del espacio urbano de La Plata a través de sus ciudades análogas". *Cuadernos de Antropología Social*. N° 30, pp. 173-197. Universidad de Buenos Aires.

SEGURA, Ramiro (2009 b); "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires". En: Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.

SEGURA, Ramiro (2010a); "Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata". Tesis doctoral. Programa de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de General Sarmiento-Instituto de Desarrollo Económico y Social.

SEGURA, Ramiro (2010b); "Cartografías discrepantes. La ciudad de La Plata vista y vivida desde la periferia". *Revista Periferia*. Vol. 2, N° 1. Universidad Estadual de Río de Janeiro.

SEGURA, Ramiro (2011); "La trama relacional de la periferia en la ciudad de La Plata. La figuración establecidos-outsiders revisitada". *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. N° X, pp. 85-106. Colegio de Graduados en Antropología.

SEGURA, Ramiro (2012); "La ciudad y el acontecimiento. Juventud, clase social y acceso al espacio público en la ciudad de La Plata". *Revista Question*. Universidad Nacional de La Plata (en evaluación).

SENNET, Richard (1997); *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza Editorial.

SHELLER, Mimi and URRY, John (2006); "The new mobilities paradigm". *Environment and Planning*, vol. 38, pp. 207-226.

SILVA, Armando. (2000); *Imaginario Urbanos*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

SIMMEL, Georg (2001); "Las grandes urbes y la vida del espíritu". En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Ediciones Península.

SOLDANO, Daniela (2008); "Relegación, desplazamiento, conflicto. Notas para pensar la cuestión social urbana en la Argentina contemporánea". *Apuntes de Investigación del CECYP*. N° 13, pp. 201-211.

SOLDANO, Daniela (2012); "Confinamientos e intercambios en una sociedad desigual. Una investigación sobre la movilidad en la periferia del Gran Buenos". En: María Carman, Neiva Vieira y Ramiro Segura (orgs.): *Ciudad, cultura y procesos de segregación urbana*. Quito, FLACSO (En prensa).

SVAMPA, Maristella (2001); *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Biblos.

SVAMPA, Maristella (2005); *La sociedad excluyente*. Buenos Aires, Taurus.

THUILLIER, Guy (2005); "El impacto socio-espacial de las urbanización cerradas: el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires". *Revista EURE*, vol. 31, n. 93, pp. 5-20.

TORRES, Horacio (2001); "Cambios socio-territoriales en Buenos Aires durante la década de 1990". *Revista EURE*, vol. 27, n 80, pp. 33-56.

URRY, John (2002); "Mobility and Proximity". *Sociology*, vol. 36, n° 2, pp. 255-274.

WACQUANT, Loic (2001); *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Manantial.

WACQUANT, Loic (2007); *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI.

WILLIAMS, Raymond. (1997); *Marxismo y Literatura*. España, Biblos.

WILLIAMS, Raymond. (2001); *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós.